

Dilemas ético-políticos desde nuestra práctica investigadora con Stop Desahucios. Una contribución a la crítica desde la etnografía colaborativa y feminista

Ethical-political dilemmas from our research practice with Stop Evictions Movement. A contribution to the critique from collaborative and feminist ethnography

Ariana S. COTA

Universidad de Sevilla, España

asanchez13@us.es

Rocío GARCÍA-SOTO

Universidad de Granada, España

rogarso@ugr.es

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.25(1): a2508]

Artículo ubicado en: encrucijadas.org



Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2024 || Fecha de aceptación: 30 de marzo de 2025

Resumen

¿A qué “crítica” nos referimos cuando nos adscribimos a la Investigación Social Crítica? En nuestra experiencia de co-investigación junto a Stop Desahucios Granada 15M, la crítica se ha conformado como una práctica de interrogación sobre los límites de nuestros modos de producir conocimiento; tanto con la categoría de sujeto investigador como con la metodología. En este artículo, explicaremos de manera detallada, a través de nuestra experiencia de trabajo de campo, cómo hemos habitado dichos límites y qué dilemas éticos y políticos han emergido. Para ello, pondremos atención a las cuestiones que *no se dicen* en las investigaciones, las que *cuestan decir* en segundo lugar y las que *te dicen que no digas* en tercer lugar. Con ello, no pretendemos clausurar el debate, sustituyendo una concepción de la crítica por otra; sino que proponemos su posibilidad como herramienta analítica y reflexiva para comunicar públicamente nuestros conocimientos.

Palabras clave: crítica, ética, política, etnografía, sujeto investigador.

Abstract

What “criticism” do we mean when we subscribe to Critical Social Research? In our co-research experience with Stop Evictions Granada 15M, criticism has been shaped as a questioning practice of the limits of our ways of producing knowledge; both in the category of researcher subject and in methodological terms. In this paper, we will explain in detail, through our fieldwork experience, how we inhabited these limits and what ethical and political dilemmas have arisen. To this end, we will pay attention to the issues that *are not said* in research, those that *are difficult to say* in second place and those that *they tell you not to say* in third place. Thereto, we do not hope to close down the debate, replacing one notion of criticism with another; rather, we propose its possibility as an analytical and reflective tool to publicly communicate our diverse knowledge.

Keywords: critic, ethics, politics, ethnography, researcher subject.

Destacados

- La crítica no es un juicio ni una verdad que sustituye lo que consideramos ilegítimo.
- La crítica es una práctica de cuestionamiento de los modos de conocer dominantes.
- La ética es la responsabilidad de hacernos cargo de nuestras prácticas investigadoras.

Agradecimientos

Agradecemos a la investigadora principal Aurora Álvarez Veinguer y al equipo de investigación la oportunidad de haber participado y habernos nutrido de las experiencias, conocimientos, análisis y reflexiones colectivas. Algunos de nuestros dilemas éticos aquí narrados fueron compartidos en el proceso de la investigación.

Financiación

Parte del trabajo de campo y producción científica incluidos en este artículo fueron realizados entre 2014-2018, en el marco del proyecto: Procesos emergentes y agencias del común. Praxis de la investigación social colaborativa y nuevas formas de subjetivación política (CSO2014-56960-P). Proyectos de I+D “EXCELENCIA”. Dirección General de Investigación Científica y Técnica. Subdirección General de Proyectos de Investigación. Ministerio de Economía y Competitividad. Gobierno de España.

Cómo citar

Cota, Ariana S. y Rocío García-Soto (2025). Dilemas ético-políticos desde nuestra práctica investigadora con Stop Desahucios. Una contribución a la crítica desde la etnografía colaborativa y feminista. *Enrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(1), a2508.

1. Cómo entendemos “la crítica” de la Investigación Social Crítica

La perspectiva sociológica como perspectiva crítica exige a la vez, de forma paradójica, la implicación y el distanciamiento... Porque este doble movimiento del proceso sociohermeneútico no debe ser solo crítico de los valores, normas, actitudes y prácticas, sometidas al análisis, sino también en todo caso autocrítico de la metodología y de las categorías del propio sujeto investigador (Ortí, 2001: 141).

Para quienes escribimos este artículo, interrogarnos sobre qué puede ser la “crítica” en la Investigación Social Crítica (ISC, en adelante) nos resulta una cuestión relevante y una respuesta compleja. Desde hace una década, venimos co-investigando junto a Stop Desahucios Granada 15M¹ (en adelante, Stop Desahucios) —con o sin financiación, con o sin respaldo institucional—; lo que nos ha supuesto un continuo ejercicio paradójico de implicación —por las relaciones mantenidas con el colectivo y por participar del proyecto político por el derecho a la vivienda—; y de distanciamiento —respecto de las metodologías dominantes de las ciencias sociales, que habíamos aprendido o puesto en marcha en investigaciones anteriores—, pues los enfoques metodológicos de la investigación social —sobre todo, cuando son creativos— están siempre precedidos por una historia ideológica personal del sujeto investigador, forjada por su forma de implicación en los conflictos sociales básicos de su época (Ortí, 2001: 129).

Nuestra experiencia investigadora fue construida desde el andamiaje metodológico de las etnografías colaborativa y feminista, ya consideradas críticas (Álvarez et al., 2020; Restrepo, 2016; Rappaport, 2008; Gregorio, 2006; Stacey, 1988). Poner en marcha estas metodologías de investigación centradas en la democratización de la producción del conocimiento no ha cerrado, sin embargo, la asunción de dilemas metodológicos en el transcurso de la investigación. Es por eso que, si bien nuestra propuesta de ISC está hecha de implicación y distanciamiento —empleando para ello las etnografías colaborativa y feminista—, también consideremos tarea de la crítica la “práctica en la que formulamos la cuestión de los límites de nuestros modos más seguros de conocimiento” (Butler, 2001: 3).

Esta concepción de la crítica que consiste en cuestionar los límites de la etnografía feminista y colaborativa que hemos habitado a lo largo de estos años es la principal tarea que emprendemos con este artículo. Cuando en 2015 nos incorporamos con nuestro proyecto a una de las dos asambleas Stop Desahucios de la ciudad de Gra-

¹ Stop Desahucios Granada 15M es un movimiento social con 14 años de trayectoria, que lucha por el derecho a la vivienda. Su objetivo principal es garantizar que las personas miembros del movimiento permanezcan en su vivienda habitual y no sean desalojadas, cuando no pueden afrontar los gastos de hipoteca o arrendamiento, o bien, ocupan una vivienda en desuso propiedad de una entidad financiera. Es un colectivo horizontal y reivindicativo, con dos asambleas en la ciudad, que sigue manteniendo los principios y valores éticos-políticos que caracterizaron al Movimiento 15M surgido en España el 15 de mayo de 2011. Sus actividades, además de asambleas semanales incluyen: el acompañamiento de las personas afectadas por desahucio; la intervención de profesionales de las ciencias sociales, jurídicas, de la comunicación, etc., de manera solidaria; la negociación con entidades bancarias y administraciones públicas; campañas políticas de presión y denuncia y; la acción directa no violenta, para paralizar desalojos, cuando el resto de acciones no prosperan.

da, la autocritica de la categoría de "sujeto investigador" propuesta por Ortí (2001) estaba muy presente en nuestras intenciones. Queríamos poner en marcha un proceso de investigación social colaborativa que considerara a los movimientos sociales como "productores de conocimiento por derecho propio" (Casas-Cortés et al., 2008: 20).

Desde mediados del siglo XX en España, con propuestas como la de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales (CEISA) hasta las actuales etnografías militantes, decoloniales, colaborativas, etc., hay toda una genealogía de cuestionamiento de las posiciones de sujeto y de la violencia epistémica de la relación saber-poder; así como experiencias de producción de saberes "desde abajo" o autónomas². Aunque se siguen llevando a cabo estas experiencias de investigación (Nociones Comunes, Colectivo IOÉ, GEA La Corrala, por citar algunos), también dentro de la investigación académica se ha producido un giro dentro de las Ciencias Sociales entendido como:

Un diálogo de solidaridad crítica con los movimientos sociales para el cambio social, e investigación comprometida que responda a las preguntas formuladas por esos movimientos en lugar de usarlos para explorar nuestros propios intereses disciplinarios (Cox, 2014: 3).

Ahora bien, al considerar los movimientos sociales como productores de conocimiento desde nuestra *implicación* con Stop Desahucios y *distanciamiento* de los modos de investigación dominante, no sugerimos clausurar el debate, afirmando una colaboración ya realizada. Sustituir la categoría de sujeto investigador por otra, en la que el proceso metodológico nos convierta meramente en "una compañera más" (Gregorio et al., 2020; Alcázar, 2014), nos recuerda Viveros (2020), no coincide con las tentativas de horizontalidad metodológica; pues éstas se construyen "para transformar(se) –y no para mimetizarse" (p. 289). Por tanto, en lugar de sustituir un tipo de sujeto investigador por otro —como resultado de nuestra crítica—, nos estamos haciendo cargo de la concepción de esta como una ética. Foucault en su texto *¿Qué es la crítica?* ([1978] 1995) no solo se pregunta lo que la crítica es o debe aspirar a ser, "sino que representa también un cierto modo de interrogar, central en la actividad misma de la crítica" (Butler, 2001: 2).

En este artículo, por tanto, hacemos públicos aquellos dilemas sobre los que nos hemos interrogado y que han transformado nuestra experiencia de co-investigación. Son dilemas éticos habitados en nuestra experiencia junto al colectivo con el que co-inves-

² La revista francesa *Socialismo o Barbarie* (1949) fundada por Lefort y Castoriadis era un espacio de coproducción del conocimiento que cuestionó el papel de vanguardia de los intelectuales en la concienciación de la clase obrera, por lo que parte de su contenido era creado por trabajadores/as en fábricas, aportaciones sobre trabajo doméstico, vida cotidiana y relaciones de género (Blanchard, 2007). En 1960, en Italia se experimentó con la co-investigación y encuesta obrera de mano del *Gruppo di Unità Proletaria*, centrados en la encuesta en fábrica tanto para el conocimiento de las condiciones laborales como para conocer y diseminar propuestas de insurrección, que quedaron publicadas en los *Quaderni Rossi*. También consideramos la Investigación-Acción-Participativa latinoamericana con Orlando Fals-Borda o la española, de la mano de Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí o Tomás R. Villasante (Malo, 2004).

tigamos, con colegas con quienes compartimos epistemologías o con el entorno académico más amplio que también habitamos. Pensamos que estos dilemas no siempre se dicen, cuestan decir o te dicen que no los digas (Jeleton, 2017). A la importancia de “sí decir” acerca de esta ética en la ISC le dedicamos el segundo apartado.

Al hacerlos públicos, tratamos de “ligar la labor crítica individual a la actividad práctica colectiva” (Narotzky, 2004: 122). Concordamos que la ética como crítica en la producción de conocimiento no se resuelve con unos principios universales, pero tampoco desde una “tolerancia epistemológica” que celebre la diversidad e incompatibilidad epistemológica, sino que abogamos por una “comunicación intransigente” pública entre distintos proyectos; de modo que se rechace tanto una supuesta “objetividad neutral” como un “relativismo constitutivo” (p. 140).

2. ¿Por qué es importante hablar de los dilemas éticos en la ISC?

Para nosotras, la ética es la responsabilidad que como científicas sociales tenemos en nuestras prácticas investigadoras. Indudablemente la ética nos remite, entre otras cuestiones, a cómo nos relacionamos con la gente que trabajamos, cómo hacemos nuestros trabajos de campo, qué decisiones vamos tomando, por qué y para qué. Es decir, nos habla de nuestra metodología. Si volvemos la vista atrás, ya en el año 1948, en el primer documento que publica la Asociación Americana de Antropología (AAA, en adelante), se comienzan a mencionar cuestiones que tienen que ver con este asunto: “garantizar a sus investigadores científicos la libertad absoluta de interpretar y publicar sus resultados sin censura ni interferencia; siempre que [...] se protejan los intereses de las personas y comunidades u otros grupos sociales” (en Konvalinka, 2010: 20). A día de hoy, el Código Ético de la AAA contempla en uno de sus puntos la responsabilidad hacia el público, y señala que las antropólogas “tienen la obligación ética primaria hacia las personas, especies y materiales que estudian y a las personas con quienes trabajan” (AAA, 1998: 4). Y va un paso más allá afirmando que esta obligación puede llegar incluso a tomar la decisión de no llevar a cabo la investigación debido al incumplimiento de este principio.

Aceptamos aquello que introduce Estalella (2022: 11) de que cuando hacemos investigación, la “ética no está completamente dada por anticipado”, sino que más bien se (re)configura en el encuentro con las otras (y otros). Ya que, como menciona Abad (2016: 104), “los dilemas éticos no se pueden resolver desde un código ético generalista centrado en procedimientos estándar”; lo que nos recuerda a la crítica de Narotzky (2004: 120) de no caer en unos “principios éticos preculturales (ahistóricos) universales”. En este sentido, para Simons y Usher (2000) es más acertado hablar de una ética situada, donde la implicación en la investigación redefine las reglas de la confianza, de tal modo que “el consentimiento se confirma durante todo el proceso investigador” (Abad, 2016: 112).

Volviendo a nuestro posicionamiento metodológico: la etnografía colaborativa y feminista, el objetivo desde el cual nace nuestro interés investigador trataba de responder a la pregunta: ¿es posible investigar de otro modo? Desde hace tiempo nos preocupa la necesidad de pensar cómo producir conocimiento de forma colectiva, y para quién y junto a quién investigamos (una preocupación compartida por las metodologías decoloniales, etnografías en co-labor, investigación-acción e investigación militante). Es cierto, que la colaboración, en el quehacer investigador, ha sido una condición indispensable: sin la presencia y la contribución de “un otro” no habría investigación. Sin embargo, compartimos con estas propuestas metodológicas que las maneras de participación e implicación no siempre han otorgado el mismo lugar de enunciación a los sujetos junto a los cuales se ha venido trabajando. De forma concreta, dos de los andamiajes metodológicos de nuestros procesos de investigación junto a Stop Desahucios han sido la responsabilidad y el posicionamiento político y la democratización en la producción de conocimiento. O, como dice Ortí (2001), autocrítica con la categoría de sujeto investigador y con la metodología.

Con responsabilidad y posicionamiento político nos referimos al rechazo del papel del “etnógrafo-asaltante” que como señala Restrepo (2018: 116) “llega de improviso a un lugar, como si fuese paracaidista, y aborda a las personas [...] para sacar los datos o información necesaria para su estudio”. Por el contrario, consideramos que como científicas sociales teníamos que responder a los interrogantes que estaban atravesando las demandas sociales y políticas del lugar donde estábamos realizando trabajo de campo. En nuestra experiencia con Stop Desahucios los compromisos políticos se han traducido de modos distintos. Situar el problema del acceso a la vivienda en el centro de nuestras preocupaciones como científicas sociales y preguntarnos: ¿qué podemos hacer como antropólogas? En algunas ocasiones ha consistido en poner nuestro capital cultural al servicio del colectivo, en otras, a ser unas compañeras —de otro tipo— que organizan acciones, escriben notas de prensa o paralizan desahucios (Cota y Olmos, 2020). En otras, hemos contribuido a poner en marcha procesos analíticos-reflexivos encaminados a acompañar las luchas del colectivo.

En segundo lugar, cuando mencionamos la democratización de la producción del conocimiento nos estamos refiriendo a cómo aparecen los sujetos de la investigación en nuestras investigaciones. Frente a la preocupación histórica de la antropología por conocer a un “otro”, nosotras nos ubicamos en aquellas propuestas (más arriba mencionadas) que se construyen desde el deseo de producir conocimiento junto a un “otro”. Es decir, las preguntas de “¿las voces de quién?, ¿las perspectivas de quién?, ¿las teorías de quién?” (Schrijvers, 1997: 21) nos han acompañado en todo el proceso investigador. Esto no se traduce en la firma colectiva de los productos académicos, por ejemplo. Sino que, en nuestro caso, tienen que ver con definir colectivamente sobre qué queremos investigar y cómo queremos hacerlo.

En el año 2015, en el marco de un proyecto de investigación que se sustentaba en diferentes estudios de caso desarrollados desde centros académicos de Granada, Barcelona, Nueva York y Veracruz, comenzamos a poner en marcha las investigaciones. A través de los dos andamiajes anteriormente mencionados —posicionamiento político y democratización del conocimiento— comenzamos a participar junto a los movimientos que luchan por el acceso a la vivienda en las ciudades de Granada y Barcelona.

Para nosotras, la investigación la entendíamos como “una práctica colectiva de indagación-intervención-transformación junto a las personas que participan en el proceso” (Álvarez et al., 2022: 134). Para ello, responder a la pregunta ¿qué queremos investigar y cómo queremos hacerlo? nos ha llevado años de trabajo e implicación con los grupos Stop Desahucios y la Plataforma de Afectados por la Hipoteca en Barcelona (PAH a partir de ahora)³. Desde 2015 algunas comenzamos (y otras continuamos) participando de los espacios de lucha de los colectivos, donde transcurrió un año hasta que pusimos en marcha unos dispositivos de escucha (Cota y Olmos, 2020) para conversar-investigar sobre las experiencias del colectivo. Frente a las metodologías más convencionales que diseñan los andamiajes de la investigación en una etapa previa donde se definen los intereses: qué se quiere investigar, en qué lugares y con qué actores sociales, nosotras apostamos por la potencia del encuentro para construir los qué(s) de la investigación junto a los colectivos (Álvarez et al., 2021).

Estos dispositivos de escucha se materializaron en la puesta en marcha de tres herramientas de investigación: los grupos de debate (Álvarez y Olmos, 2020), las conversaciones dialógicas (Cota y Sebastiani, 2020) y las historias de vida (García, 2021). Aún con diferentes técnicas investigadoras, todas ellas pretendían comenzar a construir de forma colectiva la(s) investigación(es). A día de hoy, y tras casi una década, hemos materializado las diversas experiencias en varios productos de investigación colectivos: un proyecto transmedia (Cota y Ranocchiari, 2018) y una radionovela (Álvarez et al., 2022). Desde el contexto académico, y siguiendo una lógica individualista, hemos producido dos tesis doctorales de las aquí firmantes, además de diversos artículos científicos donde hemos abordado las cuestiones metodológicas y epistémicas de nuestros procesos investigadores. Por tanto, a lo largo de estos años hemos enfrentado infinidad de cuestiones y cuestionamientos éticos. Consecuentemente, para evitar caer en la narrativa triunfal que a veces prevalece en ciertas producciones académicas, a continuación nos enfocaremos en narrar las “piedras” o, más bien, los aprendizajes que hemos tenido por el camino. Como señalaba Blackburn (1998): “la ética no se sigue, se vive, la ética se manifiesta en reacciones prácticas hacia las cosas” (en Buxò, 2021: 155).

³ Si bien es cierto que durante los dos primeros años de nuestro proyecto estuvimos colaborando y desarrollando experiencias investigadoras junto a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca de Barcelona, a principios de 2017, por cuestiones laborales y políticas, cerramos esta etapa. Para más detalle sobre esta experiencia ver García (2021).

3. Dilemas éticos de nuestra experiencia colaborativa

Se trata al mismo tiempo de un régimen de lo público y de lo inconfesable. (Deleuze, 2005: 334)

A continuación, presentaremos un relato detallado de algunos de los dilemas éticos que hemos experimentado en nuestros años de co-investigación con Stop Desahucios y la PAH. Si bien es cierto que, cada vez son más los trabajos académicos que hablan de los procesos metodológicos sacando a la luz las decisiones éticas resultado de la crítica, nos parece oportuno centrarnos en aquellos que no solemos encontrar en la literatura disponible y sobre los que nos ha supuesto esfuerzo escribir en esta ocasión. Así en palabras de Jeleton (2017) organizaremos nuestros dilemas éticos en base a tres categorías: *lo que no se dice, lo que cuesta decir y lo que te dicen que no digas*.

El sentido de proponer los dilemas ético-políticos que hemos habitado en nuestra propia experiencia investigadora es que la crítica implica poner en circulación nuestros interrogantes con colegas de oficio y con colegas de trabajo de campo y de experiencia política. Y esto no es tanto por "la excusa de polémicas academicistas inútiles (o) para obtener títulos y estatus para profesionales de la antropología que tienen poco interés verdadero en el presente y el futuro de esas luchas" (Moreno, 1984: 73 en Narotzky, 2009: 179), sino como una práctica de "interrogación del conocimiento acerca de sus propios límites o impasse... que encuentra en su ejercicio" (Foucault, 1995: 18) y como una "relación entre la valoración de la acción y la voluntad de transformar la realidad con la acción" (Narotzky, 2004: 109).

3.1. Lo que no se dice

En el primer subapartado planteamos la noción de *compromiso*, que a menudo empleamos quienes nos identificamos con la ISC para establecer nuestra relación con los espacios colectivos en los que investigamos y que no siempre es honesta; bien sea porque nuestra intención no es exactamente esa o porque la actualidad de la institución académica no lo permite. En el segundo, nos preguntamos si existen modos de co-investigación que se hagan cargo de las vulnerabilidades desplegadas en el proceso de trabajo de campo donde los materiales producidos junto a las personas participantes a veces son desechados en el producto finalizado de nuestras etnografías.

3.1.1. La declaración de implicación no es performativa

Cuando presentamos nuestra investigación a la asamblea de Stop Desahucios, planteamos como motivación el compromiso de apoyar al grupo y su lucha por el derecho a la vivienda. Queríamos que nuestra investigación fuera útil y por ello, no llevábamos una propuesta concreta de investigación: queríamos construirla juntas. En la década que llevamos formando parte de Stop Desahucios, otro alumnado de la universidad de Grado, Máster y Doctorado y profesorado han pasado por el movimiento para llevar a

cabo sus trabajos académicos, también con declaraciones de compromiso y utilidad presentadas y mantenidas durante trabajos de investigación similares; pero, al finalizarlas, parte de nuestro equipo de investigación se retiró, así como del resto de proyectos que han pasado por el grupo.

Además, quienes escribimos este artículo también hemos pasado parte de estos 10 años fuera de Granada, de estancia en otras universidades o trabajando. Para seguir manteniendo la implicación hemos ensayado distintos modos de seguir vinculadas, desde encargarnos de la realización de cartelería o mantenimiento del correo y redes del movimiento, hasta participar en el movimiento por la vivienda local y desde ahí, tejer redes y puentes entre ambos.

Para Ahmed (2006), declaraciones como la de compromiso no son performativas: no siempre producen lo que dicen porque no se dan las condiciones que lo permiten. Tener un nuevo proyecto financiado, ganar una plaza en otra universidad o realizar estancias en el extranjero forman parte de la carrera académica convencional y son algunas de las condiciones que, incluso si queremos seguir comprometidas tal y como anunciamos, no podemos sostener.

Por tanto, el compromiso que anunciamos con nuestra llegada no es una implicación hasta conseguir los objetivos políticos del colectivo, sino que está mediado por los condicionantes de la investigación académica. Incluso la propia etnografía recomienda retirarse del campo en la última etapa de la investigación para tomar distancia en la escritura. De este modo, “la espacialización del científico social que después del trabajo retorna a casa, ordena, sistematiza y recién entonces toma distancia y escribe, lo que hace es negar la contemporaneidad del otro” (Fabian, 1983: 23).

En definitiva, lo que *no decimos* es qué tipo de implicación, por qué, para qué y hasta cuándo lo sostendremos, de modo que, la idea de compromiso no aparezca como un locus intrínseco a cualquier abordaje que se declare feminista o colaborativo.

3.1.2. El devenir de los materiales de campo

En el contexto de Barcelona, en concreto, junto a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, llevamos a cabo un conjunto de entrevistas —que serían historias de vida— con cuatro mujeres que pertenecían al colectivo. La activación de esta herramienta metodológica respondía a una doble inquietud: por un lado, abrir un proceso de reflexión y escucha de la participación de estas mujeres en el colectivo; por otro lado, conocer las preocupaciones que existían en la PAH en cuanto a su funcionamiento. Como venimos diciendo más arriba, las personas del contexto académico queríamos responder junto a las mujeres a las preguntas: ¿qué queremos investigar? y ¿cómo queremos investigar? Las horas de conversación junto a estas mujeres no eran meras en-

trevistas, sino que se configuraron como espacios muy íntimos en los que ellas me repetían una y otra vez lo bien que se sentían cada vez que nos encontrábamos para realizar una entrevista.

Sin embargo, una vez que finalizamos las historias de vida, vinieron los conflictos ético-políticos, ya que tocaba negociar los itinerarios de investigación que beneficiaran a todas las partes. Y ahí surgieron las preguntas: ¿qué hacemos con todo este material?, ¿de qué forma alimentan el proceso de co-investigación que queríamos llevar a cabo?, ¿cómo utilizar estos relatos individuales en herramientas para un devenir colectivo? Cuestiones todas ellas que se quedaron sin responder. Ni las mujeres del colectivo estaban interesadas en que sus palabras fueran más allá, ni nosotras como investigadoras supimos cómo vehicular esos espacios reflexivos.

Esta sobreproducción de material analítico en los contextos de investigación no creamos que sea nada nuevo. De hecho, algunos manuales sobre investigación cualitativa lo mencionan: “suele haber un desequilibrio entre el trabajo de campo y el uso real que hace el investigador de los materiales empíricos” (Velasco y Díaz de Rada, 2006: 156). Pero más allá de la acumulación de material, ¿qué pasa con el tiempo que te han dedicado las personas en la entrevista?, ¿qué consecuencias tiene que desechemos ese material? Creemos que son cuestiones *que no se dicen*. En nuestro caso fueron un total de 16 entrevistas, de 2 horas cada una, a cuatro mujeres, que se quedaron guardadas en una carpeta y nunca se utilizaron, dado que estaban enmarcadas en una metodología colaborativa y feminista, donde la opción de entrevistar para luego analizar en base a unos supuestos teóricos y finalmente publicar, no era una opción.

La puesta en marcha de estos espacios de escucha sin duda conformó un ejercicio de experimentación que intentaba responder a la pregunta: ¿somos capaces de investigar de otro modo? Pero claro, las buenas intenciones no garantizan el “éxito” alguno en nuestras prácticas investigadoras. Con esto no queremos decir que no intentemos indagar sobre cómo hacer las cosas mejor, sino que ensayar formas distintas de investigar exige transitar por un cierto grado de incertidumbre; y, por tanto, la necesidad de ser cautas en los procesos que abrimos y que luego, quizás no sepamos cerrar.

Es por ello que, volviendo a la cuestión de *lo que no se dice*, nosotras nos preguntamos: ¿qué pasa con la vulnerabilidad de las investigaciones?, ¿quién se hace cargo de ello? Cuando estamos haciendo nuestros trabajos fin de grado/máster o tesis doctorales, sin duda nos encontramos en procesos formativos de investigación donde de alguna manera estamos practicando. Pero, ¿qué implica esta metodología del ensayo/error?, ¿qué consecuencias tiene no tanto para nosotras —que, con suerte, será la publicación de un artículo—, sino para las personas y entornos en los cuales nos involucramos?

3.2. Lo que cuesta decir

Nos referimos a aquellas cuestiones que emergieron durante el trabajo de campo o durante el proceso de escritura y que, o bien por el cuidado hacia nuestras compañeras, o bien por la dificultad de transmitir análisis, reflexiones y emociones al formato textual, se convierten en un dilema ético.

3.2.1. *¿Por qué usar otras maneras de nombrar a la investigación social?*

Uno de nuestros andamiajes metodológicos, que hemos tratado de mantener en todas nuestras publicaciones, es no hablar de los sujetos para hablar de lo que hemos construido junto a los sujetos. En cierto modo, esta decisión ha comportado la renuncia —no como devenir, sino como decisión— al ejercicio de representación de los/las compañeros/as de los colectivos junto a los cuales colaboramos. Somos conscientes que el ejercicio de interpretación desde el enfoque etnográfico es entendido como “una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos” (Guber, 2001: 6). Sin embargo, desde nuestra manera de entender la investigación, y aunque *nos cueste decirlo*, hemos querido desplazarnos de la tarea de producir una representación de los datos etnográficos.

En nuestro caso, esto ha comportado un cambio radical de nuestras formas de investigar. Desaprender no sólo las herramientas de investigación social (observación participante, entrevista semiestructurada, grupo de discusión...), sino también los propios interrogantes de nuestras investigaciones, los propios andamiajes teóricos que hemos aprendido como objetos de conocimiento. Investigar sin realizar el ejercicio de representar a las otras personas, *cuesta decirlo*, porque conlleva no solo un ejercicio de imaginación metodológica, sino también un ejercicio de invención teórica. Y eso *cuesta decirlo*.

Para exemplificar mejor de qué estamos hablando traemos aquí la experiencia de un producto de ficción sonora, la radionovela “Ya no estás sola”⁴, que hemos creado junto a 10 compañeras del colectivo Stop Desahucios. Una historia que versa sobre la problemática del acceso a la vivienda en un barrio cualquiera de una ciudad cualquiera del territorio español. En este producto sonoro decidimos abandonar el ejercicio de representación de las personas de nuestro grupo, a pesar de que muchas de ellas estaban atravesadas por los mismos conflictos que las protagonistas de la radionovela. Queríamos escapar de la acción —que siempre ha recaído en las manos de la investigadora— de hacer una “política de la representación” (Ferrández, 2011: 25) de los significados que producen un cierto grupo de personas. Fue a través de la ficción como conseguimos presentarnos a nosotras mismas y las problemáticas de vivienda por las que estábamos atravesando. Este ejercicio de ficcionalización —de la invención de personajes, tramas e historias— (Álvarez et al., 2023) nos ha servido como “un ejerci-

⁴ Véase la web: ya-no-estas-sola.jimdosite.com

cio de politización de nuestras vidas [...] fruto de un relato compartido imaginado, debatido y presentado en común" (Álvarez et al., 2022: 131). De lo que podría parecer una simple historia de ficción sonora, hemos hecho un proceso de creación colectiva de conocimiento. Un camino largo de imaginación teórica, donde nos *ha costado decir* que eso que estábamos haciendo también era investigación social: una radionovela sobre la problemática de la vivienda producida junto a un colectivo social.

3.2.2. Diferentes relaciones producen diferentes conocimientos

A las 9:30 am, comenzaron a llegar los furgones policiales y la prensa. Lo teníamos todo organizado. Algunas personas hablaban con periodistas transmitiendo la situación de Nati y la lucha que Stop Desahucios habíamos llevado a cabo para negociar una alternativa al desalojo.

Conforme los agentes de policía comenzaron a salir de los furgones, nos fuimos colocando en filas, formando una barrera humana delante del portal de la vivienda de Nati. Quienes se situaban más cerca de la puerta de su casa estaban dispuestos a resistir hasta el final: ser golpeados y arrastrados por los agentes. En la primera fila, aquella gente que quería mostrar su solidaridad, pero no hasta la confrontación y se saldrían de la barrera conforme la policía se acercara.

Lo importante era entrelazar los brazos de unos con otros para formar una barrera humana donde todas las fuerzas sumasen en común. Los agentes avanzaron hacia nosotras y la primera fila se disolvió. Alguien de la segunda fila gritó: "Sujetaros fuerte, que no van a hacernos nada... Por Nati". Entonces, cuando iban a comenzar a separarnos una por una, el jefe del dispositivo policial levantó la mano. Estaba hablando por teléfono. Hizo un gesto para que se detuvieran. Al colgar el teléfono, señaló la retirada de los agentes. Habíamos parado el desahucio. De repente, vítores y abrazos, expresiones de alegría y alivio. Alguien dijo: "¡Hasta que no tengamos la confirmación del juzgado, el desahucio no está parado!". Y de inmediato, llegó la confirmación de nuestro abogado que estaba en el juzgado. Nati y los compañeros encerrados en la casa, bajaron y salieron a la calle. Más y más abrazos. Nati y su hija se quedaban en su casa

(Diario de campo, 10 de junio de 2016).

Parar un desahucio juntas es una relación carnal de miedo, pánico, frustración e impotencia si no se consigue, o de solidaridad y alegría si finalmente el desahucio no se produce. Como señala Wacquant (2006: 16), este tipo de investigación requiere no solo una sociología del cuerpo, sino también una sociología crítica desde el cuerpo.

Cualquier explicación del activismo de los movimientos sociales que pase por alto su dinámica emocional "corre el riesgo de una incomprendión fundamental de la dinámica de la acción colectiva" (Kim, 2002: 159). A pesar de que las emociones y afectos están siendo cada vez más incorporados al conjunto de explicaciones sociales con las que interpretamos el mundo (Nordstrom, 1997), nos cuesta muchísimo explicar que nuestra participación en el movimiento y nuestras relaciones mantenidas, generan un tipo de conocimiento diferente (Navarro, 2012: 7). *Cuesta decirlo*, porque en espacios académicos se nos ha reprochado en alguna ocasión la visión parcial de nuestro trabajo al formar parte de espacios como Stop Desahucios. Lo que queremos aprender a decir, mediante la crítica, es que lo que aprendimos con el cuerpo merece ser incorporado.

Fotografía 1. Stop Desahucios esperando que llegue la comitiva judicial y la policía nacional a casa de Nati y su hija para desalojarlas.

Fuente: Stop Desahucios Granada 15M, 10 de junio de 2016.

Visweswaran (1994) propone preguntarnos por el modo en que nos relacionamos durante las investigaciones, cómo obtenemos las informaciones y qué implica los métodos que empleamos. El diario de campo, por ejemplo, ha sido más que una técnica convencional de producción de datos, ha funcionado como un diario del movimiento, a veces para elaborar una memoria de las tareas realizadas, otras veces como cuaderno de actas sobre el que retornar cuando hemos dudado de un acuerdo tomado y algunas veces más, como apuntes para una nota de prensa para informar de la paralización de un desahucio, como en el caso presentado. Investigar *desde y con*, y no *sobre* Stop Desahucios, significa que el conocimiento que producimos está hecho de esa relación entre investigación y acción colectiva. Es precisamente por nuestro posicionamiento ético-político por el derecho a la vivienda, que venimos investigando en torno a este tema y no porque sea un tema de investigación emergente o con suficiente financiación. Frente a las acusaciones de parcialidad, de nuestros conocimientos situados, cuesta decir que, nuestra sostenida participación en Stop Desahucios no solo implica arriesgar la autoridad académica, sino también la manera en la que pensamos con el cuerpo: “[u]n cuerpo que está en y con el mundo [...] que no solo acaba con el conocido papel del intelectual, sino también con los mecanismos de legitimación de su palabra y de sus canales de expresión” (Garcés, 2011: 396).

Planteamos que la crítica, por tanto, no debe limitarse a volver sobre el sujeto autorizado de la producción de conocimiento, que ahora no sería neutral y objetivo sino afectado y corporizado, sino cuestionar la propia noción de sujeto investigador. Así,

planteamos la posibilidad de abrirnos a la pregunta de qué otros cuerpos y afecciones también producen conocimiento, aunque sea de otro tipo; que tiene que ver con riesgos, propósitos y esperanzas —de una misma y los de otras personas— anidados en proyectos de conocimiento (Haraway, 1995: 191).

3.3. Lo que te dicen que no digas

A veces por protección, otras veces para no desenmascarar algunos discursos celebratorios de nuestras experiencias, necesarios para legitimar nuestros métodos de investigación y aún otras, por la necesidad de reconocimiento académico (Ávila et al., 2018), “no decir” o “no escribir” sobre nuestras vulnerabilidades, tensiones, equivocaciones y posicionamientos políticos. Por eso, nos parece fundamental que digamos, al menos algo, después de una década de investigación colaborativa junto al movimiento por el derecho a la vivienda de nuestra ciudad.

3.3.1. La sobrerrepresentación de los procesos de investigación

En muchas ocasiones, en los espacios académicos, nos hemos visto a nosotras mismas limitadas por nuestras propias convicciones ético-políticas. Algunas de las razones tienen que ver con lo que venimos contando en este apartado: porque hay ciertos temas de los que no queremos hablar (autocríticas del sujeto investigador) o porque hay otros de los que no sabemos cómo hablar (autocríticas con nuestra propia metodología).

Para sortear este dilema, hemos tratado de “defender” —porque a veces así nos hemos sentido— de manera celebratoria procesos investigadores, porque hemos sido incapaces de hablar de productos. Y aquí nos referimos no tanto a elementos tangibles, sino también a puntos de llegada, a modo de conclusiones cerradas. De algún modo nos hemos sentido atrapadas ante la pregunta que ya nos hacía Lévi Strauss (1988) años atrás: “¿puede el etnógrafo escribir otra cosa que no sean confesiones?” (p. 14).

Más allá de esta cuestión, y volviendo a lo que *nos dicen que no digamos*, hemos experimentado un silenciamiento de nuestras propias incapacidades como etnógrafas para construir investigaciones concretas. Algunas de las razones tienen que ver con que no teníamos productos etnográficos de nuestras experiencias de investigación. En cierto modo, por la incompatibilidad de la productividad académica y la investigación comprometida con una lucha social. En segundo lugar, porque no hemos sabido desarrollar esos productos fruto de la investigación colectiva; y en tercer lugar, porque no hemos querido poner en riesgo nuestra propuesta metodológica.

En algunas ocasiones defendíamos: “la lentitud de los procesos investigativos” (Olmos et al., 2018: 153). En otras argumentábamos que “queríamos pensar la etnografía como un ecosistema mediático que va ‘más allá de los productos finitos y cosificados del trabajo de campo o de laboratorio’” (Álvarez et al., 2023: 134). Y en otros mo-

mentos apostábamos por: “problematizar nuestras propias reflexiones y no caer en interpretar [...] sino hablar de procesos metodológicos y sobre cómo estamos habitando la investigación” (Cota y Olmos, 2020: 403).

A pesar de nuestra autocritica, somos conscientes de la sobredimensión que ocupan los productos de investigación —y por ende la invisibilización de los procesos investigadores— en los espacios de la academia. Una dinámica claramente construida en base a los criterios de productividad e individualismo capitalista. Aun así, no queríamos dejar de mencionar que en algunas ocasiones nos han sugerido *no decir* que no tenemos productos. Y para ello, hemos terminado, a veces, convirtiendo los procesos metodológicos en productos académicos.

3.3.2. Etnocentrismo académico enmascarado de relativismo cultural

¿Hay que contar que participamos en la preparación y acción colectiva de paralizar desahucios? Ya hemos explicado que, al hacerlo, se nos acusa de la falta de crítica necesaria que daría la imparcialidad. Ahora querríamos avanzar en sentido inverso: ¿Hay que señalar al profesorado universitario que obtiene parte de sus ingresos a través de viviendas en alquiler y denunciar el rentismo como un problema actual para el derecho a la vivienda (Carmona, 2023)? ¿Deberíamos interpelar a aquellos proyectos de investigación, centrados en procesos de renovación urbana y atracción de capitales que conllevan procesos de gentrificación, turistificación y, por tanto, encarecimiento de la vivienda y expulsión de vecindarios de clases humildes de sus viviendas y barrios?

Con frecuencia hemos desencantado a nuestras compañeras de Stop Desahucios al señalar los límites de lo que podemos decir en las investigaciones que co-producimos juntas. Debido a la incomodidad y hostilidad que producirían estos posicionamientos en el ámbito universitario, *te dicen*, como consejo, *que no digas*, porque la posibilidad de hacer investigación académica pasa por asumir la influencia de “un discurso neoliberal de la ética como responsabilidades económico-contractuales entre los investigadores y sus clientes o patrocinadores (universidades, organismos públicos, empresas)” (Narotzky, 2004: 115).

Nuestra co-investigación fue financiada en 2015 cuando ya llevábamos un año colaborando etnográficamente con Stop Desahucios y alguno más participando del movimiento. La implicación y distanciamiento eran anteriores a dicho respaldo económico y han continuado más allá del cierre del proyecto patrocinado. Los efectos de la crisis financiera de 2008 en el contexto español afectaron gravemente a las clases medias, tanto en los recortes salariales como en las dificultades de afrontar los costes hipotecarios de sus viviendas. Que el problema de la vivienda se convirtiera en un problema de mayoría social lo consideramos crucial para entender que nuestra investigación

fuerá financiada por la agencia de investigación del Gobierno; sin minusvalorar la justificación argumentada, innovación metodológica, perfil cualificado del equipo de trabajo o alcance de los resultados.

Al finalizar el proyecto financiado, el problema de la vivienda seguía siendo acuciente, pero su contexto había cambiado. Como explica Pablo Carmona (2023) —en un trabajo de investigación independiente— a partir de 2018 “muchas familias de clase media habían aprovechado el auge del mercado del alquiler para incrementar sus ingresos” (p. 99). Esto ha producido una fractura social y una nueva estratificación al interior de la clase media, pues “el 73,71 % de los rendimientos netos de alquileres eran percibidos por particulares con rentas que iban de entre 12.000 y 60.000 euros anuales” (p. 117). Por tanto, dos personas con trabajo profesional y salario equiparables pueden vivir condiciones materiales de existencia y ahorros muy diferentes, en función de si están en el grupo rentista o arrendatario.

La consecuencia para la investigación académica sobre el derecho a la vivienda ha sido evidente: la mayoría de los proyectos financiados en el ciclo de 2014-2018 no han tenido continuidad o la han tenido en la medida que han sido reformulados. Grupos de trabajo con intereses similares en universidades cercanas se han visto también afectados. Ahora que buena parte de la clase media (incluido profesorado universitario y quienes trabajan en la agencia de investigación gubernamental) no están en riesgo de desahucio sino en situación real o aspiracional para el rentismo, proyectos que analizan el aún vigente grave problema de la vivienda pueden quedar fuera.

Desde que terminamos el proyecto subvencionado, nuestra co-investigación ha podido desplegarse de un modo menos constreñido por los plazos obligados de producir resultados, que raramente se acompañan al ritmo del proceso lento de las etnografías feministas y colaborativas. No obstante, nuestra implicación se ha vuelto más precaria porque los recursos, espacios y tiempos de producción académica ya no coinciden con los del militante. Es nuestra forma de implicación y concordamos con Andrej Holm (2009) en que, no vamos a solicitar financiación para investigar “nuevas estructuras de la oferta” en la investigación de los mercados inmobiliarios, en lugar de hacerlo para co-investigar “las consecuencias negativas de la privatización de viviendas” (p. 11).

En un debate de largo recorrido que emergió en torno a la antropología militante a mediados de la década de 1990, Scheper-Hughes (1995) defendía la “primacía de la ética”: la implicación en aquellos casos donde la participación del antropólogo podía contribuir en las luchas contra las desigualdades e injusticias. Como entonces, decir es contraproducente porque emergen, de nuevo, sospechas sobre parcialidad, pero también de falta de perspectiva crítica por el alineamiento con los sujetos (con) que se investiga. Como señala Aihwa Ong (1996), la falta de implicación no es consecuencia de un relativismo cultural —el investigador no se posiciona en la lucha por el derecho a la

vivienda porque no se pertenece al grupo de personas en situación de desahucio—, sino de etnocentrismo académico; en tanto que los principios de neutralidad, objetividad e imparcialidad imperantes en la investigación se emplean para reforzar las estructuras sociales vigentes, como el rentismo inmobiliario entre la clase media española. La crítica, por tanto, de la que nos hacemos cargo es la que desvela cómo se desenvuelve bajo el supuesto relativismo el no tomar postura mediante producción de conocimiento, cuando queda patente que es una postura a favor de “las élites (políticas e intelectuales) del orden occidental que ese espacio temático ayuda a crear” (Narotzky, 2004: 117), es decir, el mercado de la vivienda.

En consecuencia, coincidimos con Narotzky en que la crítica debe alimentar el debate público entre los distintos posicionamientos en lugar de ocultarlos, aunque las recomendaciones sean *no decirlos*, porque “la ética de la disciplina está en definitiva ligada a la transparencia de asumir nuestra propia ética política. La única ética posible en la disciplina está simplemente ligada a la asunción pública de nuestra ética política” (Narotzky, 2004: 141).

4. A modo de conclusión

Unos meses antes de la escritura de este artículo participamos en un congreso de antropología feminista, en una mesa centrada en la ética de la subdisciplina, con lo que hemos acordado en denominar: el dilema Stacey. En un texto fundacional de la etnografía feminista, Judith Stacey (1988) planteaba un dilema ético-político, cuando una informante de su trabajo de campo le pidió guardar confidencialidad sobre su caso de lesbofobia en el entorno académico. Para la autora, al guardar la confidencialidad estaría traicionando al movimiento feminista que lucha por la igualdad y diversidad sexual, pero si lo hacía público, estaría traicionando a una compañera. Stacey zanja el debate proponiendo que, una antropóloga “no puede (y creo que no debe) escapar de las tareas de interpretación, evaluación y juicio” (Stacey, 1988: 24).

Nosotras no lo habríamos dicho. No habríamos publicado el relato de la compañera que pide confidencialidad porque: una etnografía, en sí misma, no produce un cambio político que lo justifique. Hay otros modos de desvelar la opresión a esos grupos que no supongan una traición y no pensamos que la antropóloga, pese a su privilegio epistémico (Ahmed, 2018), guarde en exclusiva para sí el derecho a las “tareas de interpretación, evaluación y juicio” (p. 116). Para nosotras, la autocritica respecto a la metodología y la categoría de sujeto de la investigación es preguntarnos de manera recurrente qué no decir, qué cuesta decir y qué nos dicen que no digamos. De ahí que en nuestro trabajo sostenido junto a Stop Desahucios hemos asumido que las tensiones éticas en los procesos metodológicos deben ser puestas en circulación con colegas del oficio, pero también, del trabajo de campo y de la experiencia política colectiva. Procesos que son, por tanto, acordados y reformulados de manera colaborativa.

A lo largo de este artículo, hemos tratado de argumentar que la crítica en la ISC puede ser comprendida como una interrogación sobre los límites de la producción de conocimiento, en tanto no encajan o tropiezan dentro del campo epistemológico en el que se inserta una investigación (Butler, 2001).

A pesar de que las etnografías colaborativas y feministas son, de manera recurrente, enmarcadas y declaradas dentro la ISC, nuestra *implicación* con Stop Desahucios nos viene planteando algunos dilemas éticos, que pensamos, pueden contribuir a nutrir la crítica de la ISC. Al comunicar públicamente lo que, incluso dentro de la aspiración crítica, no solemos decir, nos cuesta decir o nos recomiendan que no digamos, tratamos de fortalecer nuestra autocritica respecto del sujeto investigador autorizado. Sin embargo, al cierre de nuestro artículo, no podemos dejar de señalar como sugieren Dreyfus y Rabinow (2001) a partir de su lectura de Foucault, que las declaraciones de crítica, como una “nueva solución”, conlleva sus propios peligros. De la misma forma, cualquier nuevo sistema ético implicará presumiblemente nuevos peligros que será la tarea de la analítica interpretativa descubrir y resistir” (p. 298).

Por ello, no queremos terminar sin advertir que la investigación colaborativa no ha sido un punto de llegada fruto de la crítica a nuestras formas de producción de conocimiento, sino más bien un lugar —en el camino— desde el que seguir interrogándonos sobre cómo hacemos investigación desde la academia junto a otras personas que no pertenecen a ella.

5. Referencias bibliográficas

Ahmed, Sarah (2006). The Nonperformativity of Antiracism. *Meridians. Feminism, race and transnationalism*, 7(1), 104-126. <https://doi.org/10.1353/mer.2007.0000>

Alcázar, Ana (2014). “Siendo una más”. Trabajo de campo e intimidad. *Revista de Estudios Sociales*, 49, 59-71. <https://doi.org/10.7440/res49.2014.05>

Álvarez, Aurora; Rocío García y Dario Ranocchiari (2022). “Ya no estás sola”: tramas, personajes y guiones. Experimentaciones con la ficción radiofónica desde la etnografía colaborativa. *Empiria*, 57, 123-144. <https://doi.org/10.5944/empiria.57.2023.36432>

Álvarez, Aurora; Rocío García y Dario Ranocchiari (2023). Fictionalizing and researching: An approach from collaborative ethnography. *Action Research*, 23(1), 1-18. <https://doi.org/10.1177/14767503231225090>

Álvarez, Aurora y Antonia Olmos (2020). Desplegando dispositivos de escucha en una etnografía colaborativa. Los Grupos de Debate como situaciones instituyentes. En A. Álvarez, A. Arribas y G. Dietz (Coords.), *Investigaciones en movimiento. Etnografías colaborativas, feministas y decoloniales* (pp. 113-144). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

American Anthropological Association [AAA] (1998). *Code of Ethics of the American Anthropological Association*. American Anthropological Association. <http://www.aaanet.org/committees/ethics/ethcode.htm>

Ávila, Débora; Ariadna Ayala y Sergio García (2018). La Universidad y la vida..., o cómo mantenernos vivos en medio de la neoliberalización de la Universidad. *Disparidades. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 73(1), 55-61.
<https://doi.org/10.3989/rdtp.2018.01.001.06>

Blanchard, Daniel (2007). *Crisis de palabras. notas a partir de Cornelius Castoriadis y Gay Debord.* Acuarela.

Bromseth, Jane C. H. (2002). Public places-public activities? Methodological approaches and ethical dilemmas in research on computer-mediated communication contexts. En A. Morrison (Ed.), *Researching ICTs in Context* (pp. 33-62). University of Oslo.

Butler, Judith (2001). ¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault, *Transversal*, 5, 1-15.

Buxó i Rey, María Jesús (2021). Éticas situadas: expertos, controversias y participación ciudadana. *Revista Euroamericana de Antropología*, 11, 149-170.
<https://doi.org/10.14201/rea202111149170>

Carmona, Pablo (2023). *La democracia de los propietarios. Fondos de inversión, rentismo popular y la lucha por la vivienda.* Traficantes de Sueños.

Casas-Cortés, María Isabel; Michal Osterweil y Dana Powell (2008). Blurring Boundaries: Recognizing Knowledge-Practices in the Study of Social Movements, *Anthropological Quarterly*, 81(1), 17-58. <https://doi.org/10.1353/ANQ.2008.0006>

Cornejo, Inés y Mario Rufer (Eds.) (2020). *Horizontalidad. Hacia una crítica de la metodología.* Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Cota, Ariana y Luca Sebastiani (2020). Re-imaginar la entrevista de manera no extractiva para tratar de activar procesos colaborativos junto a la Asamblea Centro de Stop Desahucios Granada 15M. En A. Álvarez, A. Arribas y G. Dietz (Coords.), *Investigaciones en movimiento. Etnografías colaborativas, feministas y decoloniales* (pp. 325-354). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Cota, Ariana y Antonia Olmos (2020). Hermanas, compañeras o algo más? Andanzas colaborativas junto al colectivo Stop Desahucios 15M Granada. *AIBR*, 15(2), 383-408.
<https://doi.org/10.11156/aibr.150209>

Cox, Laurence (2014). Movements Making Knowledge: A New Wave of Inspiration for Sociology? *Sociology*, 48, 954-971. <https://doi.org/10.1177/0038038514539063>

Deleuze, Guilles (2005). *La isla desierta y otros textos.* Pre-Textos.

Dreyfus, Hubert y Paul Rabinow (2001). *Michael Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica.* Nueva Visión.

Estalella, Adolfo (2022). Introducción. En A. Estalella (Coord.), *Ética de la investigación para las ciencias sociales* (pp. 10-14). Universidad Complutense de Madrid.

Fabian, Johannes (1983). *Time and the Other. How anthropology makes its object.* Columbia University Press.

Ferrández, Francisco (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Anthropos.

Foucault, Michel [1978] (1995). ¿Qué es la crítica? [Crítica Y Aufklärung]. *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, (11), 5-26.

Garcés, Marina (2011). ¿Qué podemos hacer? O sobre las intimidades de la crítica. En O. Cornago (Ed.), *A veces me pregunto por qué sigo bailando* (pp. 393-408). Contintametienies.

García, Rocío (2021). Los caminos hacia la investigación colaborativa. Experiencias etnográficas junto a movimientos por la lucha de la vivienda. Tesis Doctoral. Universidad de Granada.

Gregorio, Carmen; Paula Pérez y María Espinosa (2020). La construcción de relaciones de confianza: tensiones y contradicciones en el campo desde una mirada feminista. En A. Álvarez, A. Arribas y G. Dietz (Coords.), *Investigaciones en movimiento. Etnografías colaborativas, feministas y decoloniales* (pp. 297-324). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Gregorio, Carmen (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica. *AIBR*, 1(1), 22-39. <https://doi.org/10.11156/aibr.010104>

Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvenCIÓN de la naturaleza*. Cátedra.

Haraway, Donna (2004). *Testigo_Modosto@ Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncorratón®: Feminismo y tecnoCiencia*. Universitat Oberta de Catalunya.

Jeleton, Gelen (2017). Lo que no se dice, cuesta de decir o te dicen que no digas. En F. Portocarrero y B. Project (Eds.), *Manifestaciones públicas de afecto* (pp. 88-97). Autoedición.

Kim, Hyojoung (2002). Shame, anger, and love in collective action: emotional consequences of suicide protest in South Korea, 1991. *Mobilization: An International Quarterly*, 7(2), 159-176. <https://doi.org/10.17813/maiq.7.2.yx618x43307468l0>

Kirsch, Gesa E. (1999). *Ethical Dilemmas in Feminist Research. The Politics of Location, Interpretation and Publication*. State University of New York.

Konvalinka, Nancy (2010). La declaración sobre ética de la asociación americana de Antropología y su relevancia para la investigación en España. En M. del Olmo (Ed.), *Dilemas éticos en antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico* (pp. 13-35). Trotta.

Lévi-Strauss, Claude (1988). *Tristes trópicos*. Paidós.

López, Pilar (2010). Delitos de omisión. Más allá de escribir o no escribir: actuar o no actuar. En M. del Olmo (Ed.), *Dilemas éticos en antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico* (pp. 243-271). Trotta.

Malo, Marta (Ed.) (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Traficantes de Sueños.

Narotzky, Susana (2004). Una historia necesaria: Ética y responsabilidad en la práctica antropológica. *Relaciones*, 98, 108-145.

Narotzky, Susana (2009). La producción de conocimiento y de hegemonía. Teoría antropológica y luchas políticas, en España. En G. Lins Ribeiro y A. Escobar (Eds.), *Antropologías del mundo: Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder* (pp. 163-190). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Navarro, Alejandra (2012). Conflicto y distancia. Notas críticas de lecturas y trabajo de campo antropológico. *Latin American Research Review*, 47(3), 3-21.
<https://doi.org/10.1353/lar.2012.0034>

Nordstrom, Carolyn (1997). *A Different Kind of War Story*. University of Pennsylvania Press.

Olmos, Antonia; Ariana Cota; Aurora Álvarez y Luca Sebastiani (2018). Etnografía con los movimientos de lucha por el derecho a la vivienda en el sur de Europa: retos metodológicos en la investigación colaborativa para la acción social. *Universitas Humanística*, 86, 139-166. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.uh86.emld>

Ong, Aihwa (1996). Anthropology, China and Modernities: The Geopolitics of Cultural Knowledge. En H. Moore (Eds.), *The Future of Anthropological Knowledge* (pp. 60-92). Routledge.

Ortí, Alfonso (2001). En el margen del centro. La formación de la perspectiva sociológica crítica de la generación de 1956. *Revista Española de Sociología*, 1, 119-164.

Rappaport, Joanne (2008). Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation. *Collaborative Anthropologies*, 1(1), 1-31.

Restrepo, Eduardo (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Envión.

Schrijvers, Joke (1997). Participant and power: a transformative feminist research perspective. En N. Nici y S. Wright (Eds.), *Power and participatory development: theory and practice* (pp. 19-29). Intermediate Technology.

Simons, Helen y Robin Usher (2000). *Situated ethics in educational research*. Routledge.

Stacey, Judith (1988). Can there be a feminist ethnography? *Women's Studies International Forum*, 11(1), 21-27. [https://doi.org/10.1016/0277-5395\(88\)90004-0](https://doi.org/10.1016/0277-5395(88)90004-0)

Velasco, Honorio y Ángel Díaz de Rada (2006). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Trotta.

Viveros, M. (2020). Producción horizontal de conocimiento. *Nómadas*, 53, 287-289.

Visweswaran, Kamala (1994). *Fictions of Feminist Ethnography*. University of Minnesota Press.

Wacquant, Loïc (2006). *Los condenados de la ciudad. Ghetos, periferia y Estado*. Siglo XXI.

Zapata, Laura M. (2014). ¿Qué significa ser/no ser indio/a mapuche? «Pueblo indígena» y diseminación. En R. Guber (Comp.), *Prácticas etnográficas: ejercicio de reflexividad de los antropólogos de campo*, (pp. 183-224). Miño y Dávila.